

La Sagrada Escritura como fuente de fe

Un libro de testimonios, no de oráculos

Este libro sin duda va a desencadenar una buena cantidad de reacciones de preocupación e incluso de condenaciones enérgicas. Quizás dirán que es peligroso, que tiene más de no creyente que de creyente, que merece el nombre de hereje... En la mayoría de los casos esta crítica surgirá de una preocupación honesta por la integridad de nuestro Credo, pues los puntos de vista personales del autor parecerían barrer una buena parte de sus artículos.

Nuestra fe es algo que nos ha llegado por herencia. Quien quiere presentarla como herencia cristiana debe mostrar que no está tratando de valorizar sus propias ideas y sueños amparándose en la fe cristiana. Lo contrario aparecería como un nuevo Joseph Smith con un nuevo libro de Mormón, que no anuncia el evangelio verdadero sino uno acomodaticio y que, a pesar de llamarlo evangelio, no es sino una nueva edición desnaturalizada de éste para el siglo XXI. Debemos darnos cuenta de que pertenecemos a una comunidad de fe cuyas raíces vivientes remontan al primer siglo de nuestra era, y lo que de algún modo no pueda referirse a la tradición original de esa primera comunidad, tampoco puede tener la pretensión de ser valorado como cristiano.

Por todas estas razones, nos referiremos primero a la fuente antigua de varios siglos, y en este sentido eterna, de donde debe fluir cualquier representación de fe que quiera llamarse cristiana y librarse del estigma de la heterodoxia. La teología enseña que hay dos fuentes: la Sagrada Escritura y la Tradición.

La primera está al alcance de la mano, pues basta tomar una traducción de la Biblia y la tenemos entera de la A a la Z. Pero esta facilidad no debe engañarnos, pues todavía estamos muy lejos de habérmola apropiado. Para lograr esto último, primero tenemos que leerla y entenderla. Y es ahí donde comienzan los problemas.

Uno de ellos es su tamaño: unas 1500 páginas a dos columnas. ¿Qué amigo y partidario de la lectura bíblica se la ha leído entera, o se ha apropiado de ella? El segundo impedimento, y el más difícil, es

la distancia que existe entre nuestras maneras de hablar y de pensar y los textos antiguos que ya tienen de dos a tres mil años. El lenguaje es expresión de una cultura muy distinta de la moderna, y sólo hasta cierto punto puede corresponder al nuestro, y, para lograr alguna correspondencia entre ese lenguaje y el nuestro, debemos recurrir a conocimientos históricos y culturales que el creyente medio no posee. El problema tampoco lo resuelven las traducciones a lenguas modernas, por mucho que éstas faciliten su lectura. La distancia permanece, y pesa como un lastre sobre el sentido del texto, dando lugar a malentendidos y falsas interpretaciones. Cuando esto sucede, en lugar del mensaje bíblico se eleva los propios errores a la categoría de fuente de la fe.

¿Qué significa entonces, en concreto, que estos textos sean fuente de la fe, a pesar de que a menudo sean desorientadores y a veces hasta contradictorios? ¿Se trata acaso de un libro de oráculos divinos, cada una de cuyas sílabas habría que ponderarla como si fuera oro, porque allí se levantaría una punta del velo que cubre a Dios?

¿Es verdadero todo lo que allí se afirma, y corresponde a la realidad todo lo que allí se cuenta? ¿Debemos acatar todas las expresiones que allí se hallan impresas, única y exclusivamente porque están en ese libro, aún cuando contradigan todas las certezas de una cultura más desarrollada?

Tenemos la impresión de que esto sucede así no sólo cuando habla un Testigo de Jehová, sino también cuando, frente a presentaciones nuevas de la fe original, reaccionamos diciendo: «Pero la Biblia dice... pero Jesús enseña... pero Pablo escribe...». Y con esto, cerramos la puerta a cualquier diálogo y damos por terminado el intercambio de opiniones. Pero no es justo que esto ocurra, porque aunque esté en la Biblia, y aunque el autor quiera decir exactamente lo que ha escrito y en la forma en que lo ha escrito (lo que no siempre es así), sigue siendo su visión e interpretación personal del mensaje original, lo que por cierto no excluye que sus interpretaciones y visiones sean o hayan llegado a ser las de una comunidad de creyentes. Pero el autor no es oráculo divino. Lo que está escrito es y sigue siendo palabra humana. Y todo lo que comunica sobre lo de «arriba», lo saca de aquí «abajo», igual que los demás creyentes. Si a Pablo le parece que las mujeres no deben hablar en las asambleas, o cree que deben llevar un velo sobre sus cabezas cuando oran en público, porque de lo contrario se deshonoran, ello no tiene por qué ser irremediablemente así, por mucho que a él le hubiera gustado que así fuera. Pablo vivió en una cultura en que las mujeres eran seres de segundo orden. Cuando el autor del cuarto evangelio dice,

que la Palabra de Dios existía ya en el comienzo, expresa su propio punto de vista sobre la relación de Jesús con Dios, y eso le alegra el corazón, pero eso no me obliga a ver esa relación de la misma manera. Porque en la tradición también hay otras interpretaciones. Es cierto que esa expresión en particular ha tenido mucho peso en la tradición, y con razones que es bueno que yo conozca con el fin de poder discutir las honradamente. Lo mismo vale para las palabras que en los evangelios le son atribuidas a Jesús. También éstas son palabras humanas, y como cualquier palabra humana están abiertas a más de una interpretación, sin que sea necesario aclarar si se las debe tomar al pie de la letra o no, si son formulaciones de una exigencia mínima o un ideal, si Jesús habla como cualquiera en su tiempo y por lo tanto dependiente del tiempo, o si lo hace a partir de una profunda experiencia de Dios, y por ello de manera válida para siempre, si da una respuesta o expresa una crítica que vale para el caso concreto al que se refiere, o si también es generalizable para otros casos. Por último: ¿ha dicho realmente eso, y lo ha dicho así? Escuchamos sólo lo que el evangelista le hace decir a partir de su propia fe, y el evangelista es un ser humano como nosotros.

Entonces, ¿la Biblia no es la «palabra del Dios vivo»?

Esta pregunta podría formularse concretamente de la siguiente manera: si Pablo escribe una carta a una Iglesia en el Asia Menor, ¿cada frase y hasta cada palabra que escriba le es entregada por Dios? A Pablo no se le ha ocurrido nunca semejante cosa, podemos estar seguros de ello. Habría temblado de miedo ante la sola idea de que durante miles de años hubiera millones de personas que tomaran cada palabra brotada de su pluma como si fuera decisiva para su pensamiento y acción, sólo por estar persuadidos de que venía directamente de Dios. Entonces Pablo habría dejado de escribir cartas. O habría agregado una y otra vez: «Ésta es mi opinión, pero, por favor, ¡no hagan de ella algo absoluto!...».

Los evangelios tampoco son el resultado de un dictado divino. Así se pensaba cuando se construían los mosaicos de Tondi en la parte superior del crucero de la Basílica de San Pedro, donde los cuatro evangelistas miran al cielo teniendo cada uno en su mano una pluma de ganso de dos metros de largo lista para escribir. Los representaban así porque se pensaba que los evangelios habían sido dictados desde arriba. Pero, ¿fue tan así de verdad?

Prescindiendo de la forma de pensamiento heterónoma en la que se asienta esta idea de la inspiración, el espíritu crítico considera que ella trae consigo una buena cantidad de ineptias. ¿Cómo podría contradecirse Dios, por ejemplo, cuando, después de la presentación

en el templo, manda a José que se vaya a Nazaret (según Lucas), y simultáneamente (según Mateo) lo hace huir a toda prisa hacia Egipto para salvar a Jesús de los sangrientos planes de Herodes? ¿O cuando asigna a Jesús dos árboles genealógicos distintos? ¿O cómo puede la palabra de Dios entrar en contradicción con conocimientos históricos o científicos establecidos, como cuando nombra a las liebres entre los rumiantes (Lev 11, 4-6) o hace que el sol se quede detenido un día entero sobre Gibeón (Jos 10,37)?

Además, hay muchas expresiones de la palabra eterna e inmutable de Dios que dependen hasta tal punto de la cultura de ese tiempo, que ni con la mejor voluntad se las podría considerar eternas e inmutables. Pensemos por ejemplo en el catálogo de penas capitales en Levítico 20, o en el mandato de lapidar a los adúlteros y a los homosexuales. Ni el mismo magisterio eclesiástico pareciera creer en esta eternidad e inmutabilidad, pues permite sin ningún escrúpulo que una gran cantidad de prescripciones del Antiguo Testamento se vayan al canasto de la basura, y entre ellas hay algunas muy sagradas, como la circuncisión o el descanso del sábado o la prohibición estricta de beber sangre, igualmente amenazada con la muerte según Lev 17, 14. ¿Cómo podría permitirse esto el magisterio, si todas estas prescripciones fueran la mismísima palabra de Dios, y si Jesús mismo en su sermón del monte, por lo menos en la redacción de Mt 5, 18, las hubiera declarado eternamente verdaderas hasta en sus más mínimas tildes y puntos? El magisterio no se atiene con exactitud ni siquiera a las palabras propias de Jesús, como su prohibición de jurar. Tampoco tiene sentido adentrarse más en la jungla de dificultades hacia las que nos conduciría la idea tradicional de una Sagrada Escritura que consistiera en una colección de las mismísimas palabras de Dios. Por lo demás, esa idea significaría que estamos divinizando las palabras humanas, porque les estaríamos negando su limitación histórica y su insuficiencia esencial, al mismo tiempo que les estaríamos atribuyendo intangibilidad y carácter absoluto. Estas características le corresponden exclusivamente al milagro original y santo a quien llamamos Dios. El argumento decisivo contra la idea tradicional de la inspiración divina es y sigue siendo su carácter heterónomo. Ese criterio basta para concluir que no tiene ningún futuro en la modernidad.

La diferencia y las contradicciones que existen entre los dichos de aquellos autores se explican porque son expresión de la fe personal de cada uno. Cada cual cree a su manera, y ésta se halla condicionada por su propia identidad y por el entorno y las circunstancias que rodean su vida. Si nuestro pensamiento y nuestra habla proceden de nuestra fe en Jesús como el Cristo y están sostenidos por un afluente secundario de la misma tradición, no tenemos por qué

tener miedo de pensar y hablar de manera diversa a como lo hacen determinadas corrientes de la tradición bíblica, ni siquiera de aquélla que se ha desarrollado como la corriente principal. Pues esa tradición es como un delta fluvial con muchos brazos. Esto nos libera de la obsesión de limar las asperezas, de tratar de armonizar cosas que no concuerdan, o de borrar contradicciones flagrantes con un golpe de efecto, de tal manera que se las pueda olvidar sin incomodidad. Los diversos párrafos de la Sagrada Escritura responden a distintos aspectos y fases de la tradición, y reflejan diferentes maneras de hablar sobre Dios y sobre Jesús.

Primeros testigos de la tradición

Los textos de la Sagrada Escritura no son literalmente palabra de Dios, ni tampoco infalibles. ¿Pero entonces qué son? Representan la más antigua colección de textos a través de los cuales la Iglesia primitiva realizó la cristalización de su propia fe. Desde entonces ésta se ha constituido en una fuente que retroalimenta a la comunidad eclesial, la que hasta el día de hoy sigue encontrando allí sus propias ideas de creyentes. Los autores del Nuevo Testamento enseñan lo que han pensado y creído algunas Iglesias locales o algunas corrientes en la gran Iglesia durante el siglo primero y al comienzo del segundo. Casi ninguno de esos autores conoció personalmente a Jesús. Casi todos se confiaron en los testimonios y confesiones de fe de quienes lo habían conocido. El encuentro que éstos habían tenido con él y del cual sacaban su certeza, había sido un encuentro en la fe. Mirándolo así, ahora no estamos peor situados que ellos. Porque así como nosotros tenemos que confiarnos en ellos para captar algo del Jesús histórico, así ellos también tenían que confiarse en los primeros testigos que se habían encontrado directamente con Jesús y lo habían acompañado en sus giras. Si no hay un encuentro personal con Jesús mediante una fe existencial en él, estas informaciones permanecen en el nivel de cualquier cosa digna de conocerse, y nos dejan con un conocimiento semejante al que podemos tener de los emperadores romanos. A lo más es algo que puede gustarle a la razón, pero no llega a ser un alimento nutritivo para el corazón. El sentimiento de plenitud que nos viene regalado por Dios mediante la fe en Jesús, no se realiza gracias a tal conocimiento, sino gracias a una entrega que nos enriquece interiormente y nos deja entrever que estamos en buen camino. Tal como le sucedía a los autores del Nuevo Testamento.

El carácter humano de la Sagrada Escritura, ¿permite que ella siga siendo llamada «Palabra de Dios», como lo hacen los lectores al terminar su proclamación o las celebraciones? Sí, por supuesto. Un encuentro supone dos seres que entran en comunicación. El

resultado o protocolo de este encuentro va a reflejar, sin duda, la parte que corresponde a cada uno. La Sagrada Escritura es como un protocolo, un acta que narra la experiencia de Dios que vivieron las dos o tres primeras generaciones de cristianos. Una parte importante de la palabra divina que ella transmite, ha quedado presente en las palabras humanas. Por eso es que se le llama *Sagrada* Escritura, que significa Escritura divina. Esto no implica que cada frase y cada palabra deban ser divinas, intangibles y valederas para siempre. Esta intangibilidad le corresponde exclusivamente a la palabra divina misma, pero ella debe encarnarse inevitablemente en palabras tangibles de seres humanos. Y la imperfección de esta encarnación trae consigo la posibilidad de que también haya otras que sean posibles y mejores, e incluso que estas nuevas encarnaciones sean compatibles con la primera.

Revelación

¿Qué queda entonces del carácter de revelación que tiene la Sagrada Escritura? Digamos primero una palabra sobre el concepto de revelación. En el lenguaje eclesiástico la palabra también está impregnada de heteronomía. Daría para pensar que desde otro mundo omnisciente se comunica condescendentemente algo que no podemos encontrar por nosotros mismos, por muy importante que sea para nosotros. ¿Puede hablarse todavía en forma razonable de una revelación divina, desde el modo de pensar de un mundo que ya no existe? Sí, es posible. Todavía decimos «para mí eso fue una revelación», cuando hablamos de una intuición de una riqueza insospechada que nos salta a la vista repentinamente. Algo se nos dio a conocer. Llamamos revelación a la parte activa del proceso que se produce por una iluminación. Pero la iluminación es algo que se nos entrega, algo que se recibe, uno *es* iluminado. A este «recibir» algo o «ser» agraciado con algo se lo llama el lado pasivo del mismo acontecimiento. Aún en el pensamiento teónomo se puede decir tranquilamente que Dios se «revela», pues él se comunica, se da a conocer en la profundidad de nuestra psiquis humana, y esta revelación sube hasta nuestra conciencia. Pero esta conciencia está acuñada y determinada por la cultura y por la identidad del sujeto. Es por ello por lo que el habla de Dios (que por cierto es un concepto del lenguaje simbólico) se hace escucha, interpretación y expresión humana con todas las características de este proceso, y en consecuencia con toda la ignorancia, falibilidad y fragilidad que le son propias, y más aún, contaminada por un complemento de mala voluntad y egoísmo. Estos últimos están siempre al acecho e influyen en nuestro pensamiento y habla, y su influencia no es buena.

Por eso, en la forma de pensamiento teónoma, el concepto de revelación adquiere dos características que no tenía en la forma heterónoma. Primero, que la luz sube de abajo hacia arriba, desde nuestras profundidades hacia nuestra conciencia y no desde las alturas hacia nosotros, que estaríamos abajo. Esto significa, por ejemplo, que la curia romana, pese a toda su pretensión de autoridad de magisterio desde las alturas, no conoce necesariamente mejor el plan de Dios de lo que lo conoce una comunidad de base de Bogotá que trata de percibir el movimiento divino en toda su profundidad. Y por ello, la curia no debe obligar a que esa comunidad piense y hable como ella.

En segundo lugar, esa luz no es como un rayo láser que aparece en la conciencia humana, monocromo, claro, perfecto, inmutable, sino algo que está quebrado en tantos matices y colores cuantas culturas e individuos hay. Esto también vale para las palabras con las que se reviste. Ninguno de esos matices por sí solos, como tampoco ninguna palabra humana sobre Dios, es sin más una «palabra de Dios», eterna, inmutable y perfecta, ni podrá valer nunca como verdad absoluta. Como tampoco pueden serlo las palabras de la Sagrada Escritura, pues siguen siendo palabras humanas, que a menudo abren camino hacia Dios y son ricas, pero otras veces son pobres e incluso engañosas. Y cuando las adoptamos, no es porque sean infalibles, sino porque nos conmueven existencialmente. Así lo dice la magnífica palabra de la primera epístola de Juan: «Dios es (el) amor». Para algunos esto puede llegar a ser el fundamento portador de su vida entera, pero no por la certeza abstracta de que Dios mismo haya comunicado esa palabra (por lo demás, ¿quién podría confirmar una certeza de este orden?), sino porque se la vive como una palabra que entrega plenitud y sentido, como una «revelación». Porque la verdad de una palabra es idéntica a la realidad que contiene, y este contenido de realidad se reconoce en los frutos existenciales que produce.

¿Qué se sigue de todo esto?

Elevar palabras de la Escritura a la categoría de oráculos infalibles que se presten para interpretaciones diferentes y hasta contradictorias, es no reconocer el camino humano por el que Dios viene a nuestro encuentro. Utilizar esas palabras como fundamento inmovible sobre el cual construir el templo no menos inmovible de una doctrina de fe articulada y obligatoria, es un juego peligroso. La Sagrada Escritura no es una fuente potencial de argumentos. Los Testigos de Jehová abusan de ella justamente porque pretenden obtener argumentos. Pero un creyente moderno no puede hacerlo así. Tampoco es posible confrontar a otros con palabras de la Escritura como si ellas fueran verdades infalibles y obligarles a adoptarlas. Se

las puede ofrecer como ayuda, en la medida en que uno mismo haya experimentado esa ayuda.

Los cristianos reconocemos que la irradiación de la vida divina ha aparecido con todo su brillo en la persona de Jesús de Nazaret, porque hemos visto algo de este brillo. Lo hemos conocido gracias a los testimonios que se dan de él en el Nuevo Testamento, por muy subjetivos, limitados y unilaterales que éstos sean, acuñados como lo están en el pasado judío o pagano de los autores. Hemos percibido este brillo gracias a una experiencia personal interior, igualmente limitada, cuya plenitud y riqueza es tanto mayor cuanto más de veras creamos en este Jesús, esto es, mientras más existencialmente lo sigamos a él. El Antiguo Testamento también es una brisa de Dios, pues contiene el protocolo de todas las experiencias de Dios que ha tenido Israel, incompletas, unilaterales, limitadas, las cuales han sido coronadas y perfeccionadas por la experiencia de Dios de Jesús. Por eso la Biblia entera, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, es para nosotros una fuente de la revelación de Dios que se ha decantado en palabras humanas, más rica que la *Iliada*, los *Upanishades* o el *Corán*.

Naturalmente que la mirada teónoma sobre la Sagrada Escritura no deja nada en pie respecto a la costumbre de apoyar las propias ideas (por muy valiosas que sean), con alguna cita bíblica, intentando revestirlas de un carácter irrefutable y hasta de infalibilidad, y proyectando una sospecha hasta de heterodoxia sobre lo que otros piensan. Como si la Escritura fuera un libro de oráculos y se pudiera rebatir al contrincante a punta de citas. Estas últimas, muchas veces son sacadas de su contexto, y además su significado y alcance a menudo es muy distinto del que le atribuyen los que las utilizan para reforzar sus propias ideas.

Sin duda que es bueno y sano incorporar textos (respetando siempre su sentido y contexto), no para afirmar que las ideas propuestas sean infaliblemente verdaderas, sino porque ellas concuerdan con la idea o con una idea que vive o ha vivido en la tradición. La Sagrada Escritura es el testigo privilegiado de la tradición, mucho más confiable que todos los padres de la Iglesia y que todos los documentos romanos juntos. Felizmente ha dejado de tener vigencia la costumbre supersticiosa de abrir la Biblia a ojos cerrados y de leer el trozo que primero aparece como si fuera una especie de telegrama sagrado que el mundo celestial envía al lector de la Biblia en respuesta a su pregunta.

El gran problema

De acuerdo a lo recién expuesto no deberíamos perder de vista que durante casi mil años el contacto directo con esta primera fuente

de la fe estuvo reservado a la delgada capa social que tenía conocimiento del latín, esto es, los clérigos y monjes. Los demás, la gran mayoría de los creyentes, debían contentarse con lo que escuchaban en la predicación, en los casos en que se predicaba y que el sermón versaba sobre la Biblia, agregándose a ello la así llamada Biblia de los Pobres, es decir, los escasos fragmentos de la Biblia que se presentaban en esculturas de piedra en las fachadas de catedrales, en los púlpitos y capiteles, en los frescos de las Iglesias y de sus cúpulas, en artesanías en madera y vitrales, en retablos, trípticos de altares y pinturas de los techos. La mayoría de las veces, estas figuras se limitaban a los temas de la creación y el pecado original, evangelio de la infancia, historia de la pasión y juicio final, y también a leyendas de la vida de María, como las que cuenta el protoevangelio apócrifo de Santiago. De tal manera que apenas se puede hablar de familiaridad con la Sagrada Escritura. Cuando poco después del descubrimiento de la imprenta vino la Reforma, y la Biblia, traducida a la lengua vernácula, se expandió de manera explosiva, cayó en manos de todos los que habían aprendido a leer y escribir, y dejó de ser accesible sólo para los conocedores del latín. La jerarquía eclesiástica se intranquilizó y reaccionó frenando fuertemente su lectura autónoma en la lengua vernácula, lo que era parte de su estrategia de contra-reforma. Esta fue la receta que se adoptó para contrarrestar las posibles desviaciones de la línea de la fe dictada desde Roma. Pero el resultado fue peor que el mal que se temía. La piedad católica buscó su alimento en otra parte: el culto mariano y la veneración de los santos, el rezo del rosario, los folletos sobre la Pasión, las peregrinaciones y procesiones, las revelaciones de videntes, las almas del purgatorio, las ganancias de las indulgencias. A menudo también en prácticas supersticiosas. La Iglesia protestante en cambio siguió nutriéndose de la fuente de fe que es la Sagrada Escritura y por eso, aún ahora, tiene más familiaridad con su contenido y propiedades.

La penetración de la modernidad con su pensamiento autónomo hizo que en el ámbito católico el problema de la lectura de la Biblia se hiciera diez veces mayor. El sistema de pensamiento heterónomo en el que se mueve la Biblia dificultó más aún el acceso de la modernidad al mensaje contenido en ella, porque éste exige una traducción constante de lo que se lee. La Biblia habla en el lenguaje de una cultura completamente distinta y puede volverse nuestra sólo hasta cierto punto, pero ello exige pagar el precio de una ardua tarea de formación cultural, histórica y científica. La lectura personal de la Biblia no es frenada, como antes, desde escalones jerárquicos superiores, sino que se la recomienda calurosamente, e incluso se desarrolla una serie de iniciativas para que el pueblo de la Iglesia logre saltar el alto umbral de la enajenación: traducciones literales y otras más

libres, círculos bíblicos, calendarios bíblicos, tardes bíblicas, exposiciones bíblicas, fines de semana bíblicos, años de la Biblia, y muchas otras cosas. Nunca se terminará de alabar suficientemente todo ello. Pero, con todo, el público que se alcanza es sólo un pequeño porcentaje de quienes asisten a la Iglesia. Los demás, la gran mayoría de los fieles, siguen igual en su enajenación, sin disminuirla para nada. Aún cuando el movimiento de lectura bíblica tenga algún éxito, la mayoría de los que han participado en él lo abandonan pronto. La persona moderna que no está preparada no puede apropiarse de una buena parte de lo que ha leído. El mundo descrito en los textos le es extraño y las representaciones de la fe que se han decantado en él han sido superadas hace tiempo, debido al desarrollo interno de la Iglesia; hay profusión de nombres que no se pueden entender; se desconoce los trasfondos históricos, falta familiaridad con las costumbres e ideas de antes.

Así pues, la lectura de la Biblia de verdad no proporciona ningún alimento, siendo que éste era su cometido. Hagamos la prueba de leer la carta a los Romanos con los ojos de una persona del siglo XXI, sin irritarnos. Por eso podemos preguntar, con razón, si la propaganda en favor de una lectura bíblica personal es tan recomendable como parece. En vez de la Biblia entera con sus 3000 columnas, mejor sería editar antologías con textos relativamente accesibles. Y aún entonces muchas explicaciones serán imprescindibles, lo mismo que una introducción general a los problemas con los que se confronta la lectura del lector moderno de estos textos cuya antigüedad se remonta a 2000 años o más.

Una última advertencia crítica se refiere al uso incuestionado de leer domingo a domingo en la asamblea de los fieles textos de la Escritura que quienes los escuchan –si todavía escuchan– apenas los pueden entender, quizás tanto como entenderían los originales hebreos o griegos. Con esta observación estamos ya pisando el terreno de la liturgia, el cual pertenece al dominio de la tradición, de la cual hablaremos en el próximo capítulo.